928
V.
PQ6575
.Z5
Y3
L889

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

—

ES PROPIEDAD

—

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

JOSÉ ZORRILLA

Por el lado de la celebridad á nadie se le ocurrirá poner en duda su derecho de ocupar en esta galería puesto preeminente. Ahora, por lo que toca á la otra condición, la de contemporáneo, puede ser que haya quien se la dispute.

¿Cómo ha de ser contemporáneo nuestro—dirá quizás alguno—el poeta que hace ya medio siglo que subió á la cumbre de la fama? ¿Cómo puede ser una celebridad de nuestros días el poeta que estaba ya ensordecido de aplausos y abrumado de laureles, cuando todavía no habíamos nacido la mayor parte de los que ahora cultivamos las letras? ¿Dónde están ya los verdaderos contemporáneos de Zorrilla, sus compañeros de trabajos y de glorias, los demás poetas y literatos que alcanzaron celebridad en la época del romanticismo?

Verdad es que faltan casi todos. Cuarenta y sie-

te años hace ya que murió Espronceda, su amigo del alma, gran poeta como él, aunque extraviado; de entonación acaso un poco más enérgica, pero menos lujoso, menos florido, menos rico en imágenes, menos fecundo, menos espontáneo. Murieron igualmente los poetas menores, el autor de *El Trovador*, el de *Don Alvaro*, el de *Los amantes de Teruel*, el de *El pelo de la dehesa*, el de *El hombre de mundo;* murieron los literatos Martínez de la Rosa, Gallego, y Gil y Zárate; murieron los escritores satíricos *El Curioso Parlante* y *Fray Gerundio;* murieron los filósofos Donoso Cortés y Balmes... ¿Qué tenemos ya que ver con aquella época de prosperidad literaria?

Sin embargo, Zorrilla vive todavía entre nosotros; Dios le ha concedido la prolongación de sus días, *longitudinem dierum*, prometida en la Sagrada Escritura á los hombres de recto corazón, y el que sea anciano y el que brillara en el mundo literario hace medio siglo no es razón para negarle justos y legítimos honores, sino para dar gracias á Dios que nos le conserva.

Me acuerdo, como si fuera ahora, de la primera vez que oí hablar de Zorrilla. Era yo un rapaz de muy pocos años; uno de los catedráticos del colegio, encareciendo la necesidad de no contrariar las vocaciones y las aptitudes de los niños para que lleguen á ser personas de provecho en el mundo, nos decía una tarde: «Ahí tenemos al célebre poeta Zorrilla, que, siendo estudiante de leyes, andaba apurado para ganar curso; pero se dedicó de lleno á componer versos, que era su afición favorita, y hoy es el poeta que hace eco en el siglo. Pues que componga versos...» En cuanto salí del colegio á las primeras vacaciones, me puse á buscar en la librería de mi casa versos de Zorrilla; encontré los *Cantos del Trovador*, las *Vigilias del estío* y la *Corona poética de la Virgen;* pero los dos primeros libros me los quitaron, apenas había leído un poco de *Margarita la Tornera*, porque no me convenía entonces su lectura, dejándome solamente el poema de María, cuya introducción y primeros cantos me supieron á gloria. Vuelto al colegio, me asocié con un condiscípulo de iguales aficiones, junté á los suyos mis pobres ahorros de colegial y entre los dos pedimos á Madrid las obras de Zorrilla, recibiendo á los pocos días los tres preciosos tomos de la edición de París, que leímos, ó por mejor decir, devoramos, á escondidas de los superiores, con inefable placer del alma. Desde entonces tengo á este poeta profundo cariño. El fué quien despertó mis aficiones literarias y me formó el gusto.

Después, también me acuerdo de la primera vez que ví á Zorrilla. Hará veintidós años; era yo recién venido de mi país á estudiar Derecho, y él,

recién venido de América; le encontré en la calle del Príncipe, y tuve que hacerme fuerza para no dejarme llevar del primer impulso de darle un abrazo aunque me tuviera por loco.

—Mira, ese es Zorrilla—le dije á otro estudiante que me acompañaba.

—Le conoces, ¿eh?

—Sí, muchísimo...; es decir, no le había visto nunca hasta ahora, pero he visto el retrato que va al frente de sus poesías, y estoy seguro de que es él.

Cualquiera en mi lugar se hubiera hecho presentar á Zorrilla al día siguiente; pero no vino la ocasión rodada, y, queriendo yo mucho á Zorrilla, he estado más de veinte años encontrándole en la calle y contentándome con saludarle sólo de intención, aunque, eso sí, con grande y verdadero afecto.

Hace cinco ó seis meses, el editor que tenía en proyecto esta colección de folletos crítico-biográficos, me pidió uno dejándome elegir la víctima. Elegí á Zorrilla, por supuesto, y pareciéndome que era ya una necesidad entrar en relaciones con él, le escribí á Valladolid, donde yo creía que estaba, diciéndole quién era, recomendándome á su benevolencia por haber sido muy devoto suyo desde niño, y pidiéndole por encargo del editor una fotografía y un autógrafo. Había venido él pocos días antes á Madrid á donde le volvieron mi carta,

y me contestó por el correo interior con otra que conservo como una reliquia, concediéndome todo lo que le había pedido.

«Pues ¿no he de tener noticias de usted?—me decía.—¡Y vaya si las tengo! dobles, como Valbuena y como *Escalada*. Aunque viejo y arrinconado y encuevado como un lagarto entre las piedras de una vetusta ciudad de provincia, aun saco algunos días el hocico al sol y echo un ojo á lo que pasa por España... Sólo falta que nos veamos...»

Fuí á verle: duró la visita más de hora y media, porque yo no acertaba á marcharme; le oía encantado, y orgulloso de no tener que rectificar nada. Era el mismo Zorrilla que yo tenía en la imaginación desde muchacho. Rodando la conversación y contándome peripecias de su vida, me dijo una vez: «Como yo he visto siempre á Dios en todas partes...» Era el mismo: el poeta creyente que había dicho de Dios que está en todo, que lo ve todo,

> Y cosa no hay por elevada ú honda
> Que á su mirada universal se esconda.

Era el mismo; el poeta español, el poeta tradicional, el poeta cristiano que yo había conocido y tratado íntimamente en sus obras.

Nació en Valladolid el día 21 de febrero del año 1817, y fueron sus padres D. José Zorrilla y doña

Nicomedes Moral. Pasó los diez primeros años de su vida en Valladolid, en Burgos y en Sevilla, donde su padre, dignísimo magistrado, muy adicto al antiguo régimen, desempeñó sucesivamente cargos de importancia. Después llegó á ser alcalde de Casa y Corte en Madrid, en tiempo de Calomarde, pues era, según dice un biógrafo de su hijo, «uno de aquellos celosos funcionarios públicos, hombres probos y purificadas autoridades que con tanta honra de España conservaban en su seno el espíritu recto y la valerosa fortaleza que la razón de la ley infunde en los ánimos nobles».

En 1827, habiéndose trasladado de Sevilla á Madrid los padres de Zorrilla, entró éste en el Seminario de nobles, establecido por los padres jesuítas en el edificio de la calle del Duque de Alba que es hoy cuartel de la guardia civil, y trasladado después al que es hoy Hospital militar en la calle de la Princesa. «Halléme yo allí—dice él en una carta—condiscípulo de los primeros títulos de Castilla, y recibí una educación muy superior á la que hasta entonces solían recibir los jóvenes de la clase media. Mi padre era el primero de mi familia que, saliendo de nuestro modesto solar de Torquemada, había por sus estudios llegado á un honroso puesto en la alta magistratura».

En una de sus composiciones festivas recuerda Zorrilla la educación recibida en el Seminario de

nobles, así como su falta de aplicación á los estudios serios, cuando dice:

Poco alcanzo en las artes y las ciencias,
Y eso que allá los padres jesuítas
Me avivaron un tanto las potencias;
Mas yo, dificultades infinitas
En las ciencias hallando, echéme en brazos
De las musas. Mujeres y bonitas
Ellas, muchacho yo, caí en sus lazos;
Y á fe que sus cariños me valieron
Inútiles mas *sendos* (1) sermonazos.

Efectivamente, en el Seminario de nobles comenzó ya Zorrilla á descuidar los estudios serios de la filosofía y las ciencias exactas, aplicándose al dibujo y á las bellas artes, leyendo á escondidas á Walter Scott, á Fenimore Cooper y á Chateaubriand, y «cometiendo á los doce años—son sus palabras—su primer delito de escribir versos». Se los alabaron los jesuítas y fomentaron su inclinación; los recitaba él en tono declamatorio imitando á los actores del teatro del Príncipe, donde iba alguna noche con su padre, que como alcalde de Casa y Corte presidía; se hizo célebre en los exá-

(1) No está bien aplicado aquí este adjetivo. El mismo Zorrilla le aplica en su verdadero sentido en *El Capitán Montoya*, cuando dice:

Calados anchos sombreros,
En *sendas* capas ocultos...

menes y actos públicos del Seminario y llegó á ser galán en un escenario donde representaban comedias del teatro antiguo arregladas por los maestros.

En 1832, víctima el padre de Zorrilla de las iras revolucionarias, declarado cesante para que ocupase su lugar algún vocinglero sin conciencia, y desterrado de Madrid y sitios Reales á mayor abundamiento, se retiró á un pueblo de Castilla la Vieja y allí le siguió el hijo al año siguiente dejando el Seminario.

Después... el mismo Zorrilla nos va á contar lo que sucedió:

... Un día
De mi paterno hogar ante la brasa
Mustia, que chispa á chispa se extinguía
De la desgracia al soplo, reunidos
Los solos cuatro seres bien queridos
De mi familia estábamos. Mi madre,
Alma llena de amor y de ternura,
Para quien todo el mundo se encerraba
En mi profundo amor y el de mi padre.
Débil mujer, mas tipo de hermosura
Española; ojos negros, tersa frente,
Suave acento, sonrisa cariñosa,
Tez pálida, morena y trasparente,
Aguileña nariz, breve cintura,
Casta y noble expresión, corta estatura,
Y coronada, en fin, de fabulosa,
Negra, riza y sedosa cabellera
Que envolvía sus hombros abundosa,
Y la media, en pie, la talla entera.

Frente de ella, mi padre, magistrado
Recto, conocedor de los secretos
Del turbulento y anterior reinado
Que de espirar entonces acababa
Con la vida de un rey y que dejaba
Los españoles ánimos inquietos,
En sombrío silencio meditaba.
A su lado un severo sacerdote,
Hermano de mi madre, amontonaba
Los extraviados palos del manojo
Que ardía en el hogar. Y en medio de ellos,
Su silencio y tristeza con enojo
Viendo y con inquietud, yo, casi niño,
La moribunda llama contemplaba,
Teniendo asida con filial cariño
La mano que mi madre me alargaba...
Era noviembre: el sol en el ocaso
Doraba con sus rayos postrimeros
El cielo de Castilla frío y raso;
El viento del otoño de sus galas
Despojando la olmeda, cual plumeros
De militares cascos, sacudía
Con furia de los árboles las copas;
Y de su soplo ronco entre las alas,
Que el hielo del invierno nos traía,
La tempestad política venía.
En la empedrada calle oyóse á poco
El trote de un caballo;
Sonoro el eco del herrado callo
De aquel bridón que estrepitoso llega,
Resonó en el portal de nuestra casa...
Cual por impulso eléctrico impelidos,
Todos cuatro á la par abandonamos
Nuestro abrigado asiento,
Y á la escalera y al balcón, movidos
Por el interno afán nos asomamos.
Mi padre, en cuyo pecho tuvo asilo

El valor más sin tacha (¡todavía
Me parece que le oigo y que le veo!)
Con voz serena y corazón tranquilo
Dijo: «No os azoréis; es mi correo.»
Era en efecto el nuestro que venía
De la ciudad cercana. Rompió el sobre
De las cartas mi padre; leyó en calma
Las nuevas de la corte que le envía
Un amigo leal, mientras el alma
De mi angustiada madre
Que por leer también se le aproxima,
Con afanosa incertidumbre lucha;
Y al fin, vuelto al hermano que le escucha,
Dijo: «Ya está la tempestad encima.»

La tempestad que estaba encima era la guerra civil llamada de los siete años, que estalló inmediatamente después de la muerte de Fernando VII, gracias al testamento inícuo que le inspiraron su mujer y su cuñada, y á la criminal codicia de los liberales, dispuestos á agarrarse de cualquier cosa para apoderarse de los destinos de la nación, robar á la Iglesia y enriquecerse. Esta es la realidad que se escondía, y aun hoy se esconde, debajo de las frases pomposas de *libertad política*, *derechos del pueblo*, *igualdad ante la ley* y demás zarandajas liberales.

Encendida la guerra civil, durante la cual, por su adhesión inquebrantable á la causa de la religión y del derecho, y por los eminentes servicios que á esta misma causa había prestado antes, hubo

de sufrir mucho, el antiguo alcalde de Casa y Corte se trasladó á Lerma y desde allí envió á su hijo á estudiar leyes á la Universidad de Toledo, donde siguiendo éste sus costumbres del Seminario se dió á buscar antigüedades, á dibujar los peñascos de la Virgen del Valle, el castillo de San Servando, los puentes del Tajo, á correr encantado por aquellas calles moriscas, á visitar las mezquitas convertidas en templos, á admirar los primores de la Catedral y de San Juan de los Reyes, á aprender las leyendas de la Torre de D. Rodrigo, del Palacio de Galiana y del Cristo de la Vega, á todo, menos á estudiar derecho romano.

Apesar de todo ganó curso; pero más debió ser por indulgencia que por justicia. Lo cierto es que el prebendado de Toledo, tío suyo, en cuya casa vivía, y á cuya vigilancia le había encomendado su padre, escribió á éste, dándole muy malos informes.

Por virtud de ellos no le volvió á enviar su padre á Toledo para el curso siguiente, sino á Valladolid, á que continuara la carrera, encargando de su vigilancia á un procurador de la Chancillería, y recomendándole á su amigo el rector de la Universidad D. Manuel de Tarancón, que fué Arzobispo de Sevilla más tarde.

No lo hizo mejor Zorrilla en Valladolid que en Toledo; continuó dándose á estudiar piedras, rui-

nas y tradiciones, se entretuvo leyendo los periódicos literarios que su amigo y antiguo condiscípulo D. Pedro Madrazo recibía de Madrid, siguió haciendo canciones, como decía su tío el de Toledo, y aquel año por primera vez logró ver impresos sus versos en *El Artista*, periódico ilustrado que dirigía el cuñado de Madrazo, D. Eugenio de Ochoa. Por todo lo cual, el procurador á quien su padre se le había encargado, escribió á éste en términos no más halagüeños que el canónigo, diciéndole que su hijo no era más que un holgazán vagabundo, que andaba por los cementerios á media noche como un vampiro, que se dejaba crecer el pelo como un cosaco y que era amigo de los hijos de los que no lo habían sido nunca de su padre, en lo cual aludía á D. Miguel de los Santos Álvarez, hijo de un magistrado liberal poco amigo del padre de Zorrilla.

No podían menos de desagradarle al severo magistrado las noticias que el procurador le daba de su hijo, y aunque éste ganó curso también este año, siquiera fuese, como él confiesa, por favor del Sr. Tarancón, al enviarle por tercera vez á la Universidad, le dijo que si no se graduaba aquel año de Bachiller á claustro pleno, le enviaría á Torquemada á cavar las viñas. Sabía el joven que era su padre muy hombre para hacer lo que decía, pero como no se sentía con vocación á los estudios

serios, como el demonio de la poesía, según su frase, se había apoderado de él, y como no soñaba más que con ser poeta, con ver impresa una obra suya y con llegar á apretar la mano de amigos á Espronceda, á García Gutiérrez y á Hartzembusch, un día anunció resueltamente al rector y al encargado que él no estudiaba y que así se graduaría él aquel año á claustro pleno, como que volaran bueyes. Con este anuncio decidieron enviarle á Lerma.

«Metiéronme, dice él, en una galera á cargo del mayoral; pensé yo en el camino que mi vida en mi casa no iba á serme muy agradable; y sin pensar ¡insensato! en la amargura en que iba á sumir á mi desterrada familia, en un descuído del conductor, eché á lomos de una yegua que por aquellos campos pastaba, y me volví á Valladolid por el vallé de Esgueba, que era otro camino del que la galera había traído».

Tienen todos estos detalles que parecen pequeños, grande importancia en la biografía de este poeta, porque, con su amable y encantador subjetivismo, los refleja siempre en sus obras. Así, por ejemplo, en los *Cuentos de un loco* narra muy poéticamente esta escapatoria por los pinares, y por cierto que pintando el terror y el remordimiento de su conciencia, dice:

Cada rama que del viento
Una ráfaga movía,
Colosal me parecia
Brazo alzado contra mí.

¡Qué imagen más hermosa, dicho sea de paso, y más adecuada para expresar el estado de ánimo de un mozalvete que huye de la casa de sus padres! Se mueve una rama de noche en el monte, y le parece que es un brazo que va á agarrarle y á detenerle. Si la poesía es la expresión por medio de imágenes, esto es poesía. Y cuenta que de imágenes así tan hermosas está llena toda la narración, con ser ésta, de entre las obras de Zorrilla, una de las menos conocidas y menos importantes. Por donde se ve que la menor y más descuidada de sus obras bastaría para crear una reputación de poeta, que para sí la quisieran muchos.

Volviendo á la fuga, entró Zorrilla en Valladolid de noche, á caballo en su yegua, y al amanecer salía en una galera para Madrid, apeándose á los tres días en la calle de Alcalá y perdiéndose luego á la ventura por las calles de la corte, «huyendo, dice él, de mis santos deberes y en pos de mis locas esperanzas, ahogando la voz de mi conciencia y escuchando y siguiendo la de mi desatinada locura».

Diez meses después, el 15 de febrero de 1837, aparece Zorrilla por primera vez en público y aparece leyendo una poesía en el entierro de Larra que se había suicidado. Ya nos contará él cómo fué esto. No es que hubiera olvidado los sanos principios de su cristiana educación hasta el extremo de ponerse á celebrar un suicidio: no es que tomara parte en la borrachera revolucionaria que por primera vez profanaba públicamente con el cadáver de un suicida el cementerio católico. No; escribió aquellos versos á ruego de otra persona y á condición de que esta otra persona los había de firmar si se publicaban. Después, por sorpresa, se vió obligado á leerlos él, y se supo que eran suyos, y le sirvieron ciertamente para darse á conocer y abrirse camino, si bien hay que convenir en que sin ellos y sin la escena del entierro que le fué propicia, hubiera llegado lo mismo á ser conocido y admirado. De todos modos es indudable que le remordía la conciencia de haber comenzado tan mal, y por eso se arrepintió y quiso hacer público su arrepentimiento, como lo había sido su pecado, escribiendo al principio de su libro *Recuerdos y Fantasías* esta estrofa:

Broté como una hierba corrompida
Al borde de la tumba de un malvado,
Y mi primer cantar fué á un suicida:
¡Agüero fué, por Dios, bien desdichado!

En los diez meses que siguieron á su llegada á

Madrid pasó el fugitivo poeta mil penalidades, careciendo de recursos, y teniendo que esconderse y huir de los únicos que podían protegerle, de los amigos de su familia, porque no le hicieran volver al domicilio abandonado. Assas, el arqueólogo, y el poeta Salas y Quiroga, dice él que le hicieron ganar algunos reales publicándole dibujos y artículos. Entró á escribir en un periódico que sólo duró dos meses, al cabo de los cuales la policía, de orden del gobernador de las tres ppp, D. Pío Pita Pizarro, buscó á sus redactores para hacerles viajar gratis á Filipinas. Zorrilla vió entrar la policía y se descolgó por un balcón que daba al patio de la casa vecina, de la que salió sin novedad, y, escurriéndose por pasadizos y callejuelas, llegó á la calle de la Esgrima donde se encontró de manos á boca con un gitano á quien dos años antes había salvado la vida cerca de Aranda, obteniendo su perdón del jefe de una partida carlista que le iba á fusilar por espía del enemigo. Le conoció el gitano, y en cuanto se enteró de su situación comprometida le llevó á su albergue, le trenzó las melenas, le embetunó el rostro, le puso calzones y chaqueta de pana y sombrero ancho y faja más ancha todavía, y le sacó de Madrid, como un gitano más, por el puente de Toledo. ¡Haz bien y no cates á quien, dice el adagio!

A los diez días, pasado aquel peligro, por el cambio de situación que produjo el motín en que tuvo desastrosa muerte el general Quesada, volvió á entrar Zorrilla en Madrid por la puerta de Toledo, ya destrenzado y desteñido, y volvió á andar al salto de mata, como él dice, pasando la noche en el cuartucho de un cestero que había sido conserje de la redacción del malhadado periódico, y el día en la Biblioteca Nacional, las horas que estaba abierta, y las que no, vagando por las calles con su amigo Miguel de los Santos Álvarez, el autor de un poemita impío y obsceno, titulado *María*, que Espronceda salvó del olvido encabezando con una de sus impiedades el segundo canto de *El Diablo Mundo*.

En la Biblioteca fué donde un italiano llamado Joaquín Massard, que estaba al servicio del infante D. Sebastián y conocía á Zorrilla por los Madrazos, le dió un día la noticia de que Larra se había suicidado la tarde anterior, y llevándole á ver el cadáver á la bóveda de Santiago, le dijo luego que sabía por Pedro Madrazo que hacía versos, y que si quería hacer unos á Larra, él los haría insertar en un periódico y acaso podrían valer algo.

No le sedujo á Zorrilla la proposición, y bien se comprende. Dos afanes tenía entonces Zorrilla; dos pensamientos engendraban y encendían su deseo de ser poeta y de adquirir fama; el pensamiento de contentar á su padre, cuyo justo enojo se proponía

ahogar debajo de una montaña de laureles, y el de agradar á una joven de quien estaba enamorado y á quien había pedido el plazo de un año para trabajar y hacerse hombre. Desde luego se le ocurrió que no le podía valer gran cosa para con su padre ni para con su amada el escribir versos á un mal cristiano, liberal y por contera suicida, y por eso, no queriendo desairar del todo á Massard, le dijo que haría los versos para que él los firmara. Quedó así convenido. Zorrilla se fué aquella noche como todas al cuchitril del cestero, donde no se sabía lo que era papel ni tinta ni pluma; pero había unas mimbres en tinte azul, llevaba él en el bolsillo la cartera de un capitán condiscípulo suyo con la que por casualidad se había quedado, y aguzando una mimbre y mojando la punta en el tinte, á la luz de una vela que había comprado á prevención, trazó en la cartera del capitán los versos á Larra, bien ajeno ciertamente de que iban á tener la resonancia que tuvieron. A la mañana siguiente los copió de pluma en el domicilio de Álvarez, y se fué á entregárselos á Massard según lo tratado.

Por la tarde era el entierro de Larra al que no quería faltar Zorrilla porque sabía que iban todos los poetas y escritores á quien tanto deseaba conocer (menos Espronceda que estaba enfermo), y retejándose como pudo con un gabán de Salas y otras prendas de otros amigos, se fué á la iglesia de San-

tiago, y de allí con toda la comitiva al cementerio. Cuando llegaron, el actual marqués de Molins, que aun no lo era y que ejercía entonces de descreído y de revolucionario, hizo un fervoroso elogio fúnebre de Larra, conmoviendo profundamente al auditorio que, á la verdad, debía de estar muy dispuesto á conmoverse. Algunos poetas leyeron versos que mantuvieron la tensión en el público; y cuando ya iba á darse por terminado el acto, se adelantó Massard hacia los directores de la función diciéndoles que faltaban por leer unos versos, pero no atreviéndose á leerlos él con su acento extranjero, empujó á Zorrilla hasta fuera de la primera fila y, poniéndole la composición en las manos, le dejó solo. Todas las miradas se fijaron en aquel joven de larga cabellera, delgado y pálido y para todos completamente desconocido. Ya no había remedio; tenía que leer, y en medio de un silencio sepulcral dejó oir su voz juvenil, fresca y simpática, y dando á los versos una entonación sentimental hasta entonces desconocida, produjo una explosión de ternura y de sentimiento. A la mitad de la lectura se contagió él también del sentimiento de los demás y se le arrasaron los ojos en lágrimas, siendo necesario que el actual marqués de Molins, que estaba á su lado, le quitara la composición de la mano y acabara de leerla. Al final, el entusiasmo de la concurrencia no tuvo límite. Todos lloraban, todos sa-

ludaban al nuevo poeta con la admiración de que estaban poseídos, y todos, dice Pastor Díaz, testigo presencial, bendecían á la Providencia que tan ostensiblemente hacía aparecer un genio sobre la tumba de otro.

Pero Zorrilla ya no oía ni se enteraba de nada. Desde que había tenido que llevarse el pañuelo á los ojos, su espíritu había volado, él lo dice, á llamar á las puertas de una casa de Lerma, y á los cristales de la ventana de una blanca alquería escondida entre verdes olmos.

¡Pobre poeta! Ni en la casa de Lerma vivían ya sus padres, que perseguidos habían tenido que buscar refugio en el campo carlista, ni en la blanca alquería de entre los olmos estaba la mujer amada, que ya le había vendido. Y sin embargo, todavía algún tiempo después la creía él llorando desconsolada su ausencia, y escribía aquellas hermosas quintillas *Al Arlanza*, llenas de melancolía y de ternura, donde hablando con el río le dice:

Si tus ondas revoltosas
Entre arenas amarillas
Se deslizan bulliciosas,
Bañando las mismas rosas
Sobre las mismas orillas...
Si al tender por ese llano
Los perfiles de tus olas
Hallas un cerro cercano,
Envuelto en tapiz liviano
De silvestres amapolas.

Allí, Arlanza, has de encontrar
Una torre en una altura:
Mírala ¡oh río! al pasar;
No te avergüence el andar
Arrastrando por la hondura.
. . . . . .
Mira ¡oh río! en caridad,
Si de ese fantasma al pie
Una afligida beldad,
Llorando tal vez se ve
Su amor y su soledad.
Y si en tu margen desnuda
Las resbaladizas ondas
Contempla llorosa y muda,
Antes, río, la saluda
Que por la vega te escrudas.
Y no la dejes ¡oh río!
Por respeto ó por temor
De su doliente desvío;
El llanto que vierte es mío,
Que está llorando de amor.
¡Ay de la blanca azucena
Que sin lluvia bienhechora
Se agosta en la seca arena!
¡Ay de la niña que llora
Sobre las aguas su pena!
. . . . . .
Pues pasas murmurador
Bordando el campo de flores,
Arrulla, Arlanza, el dolor
De esa niña sin amores
Que está llorando de amor.
Dila, Arlanza, que ha mentido
Quien encontró á mis cantares
El placer que no he sentido,
Que en ello gozo he fingido
Por adormir mis pesares.